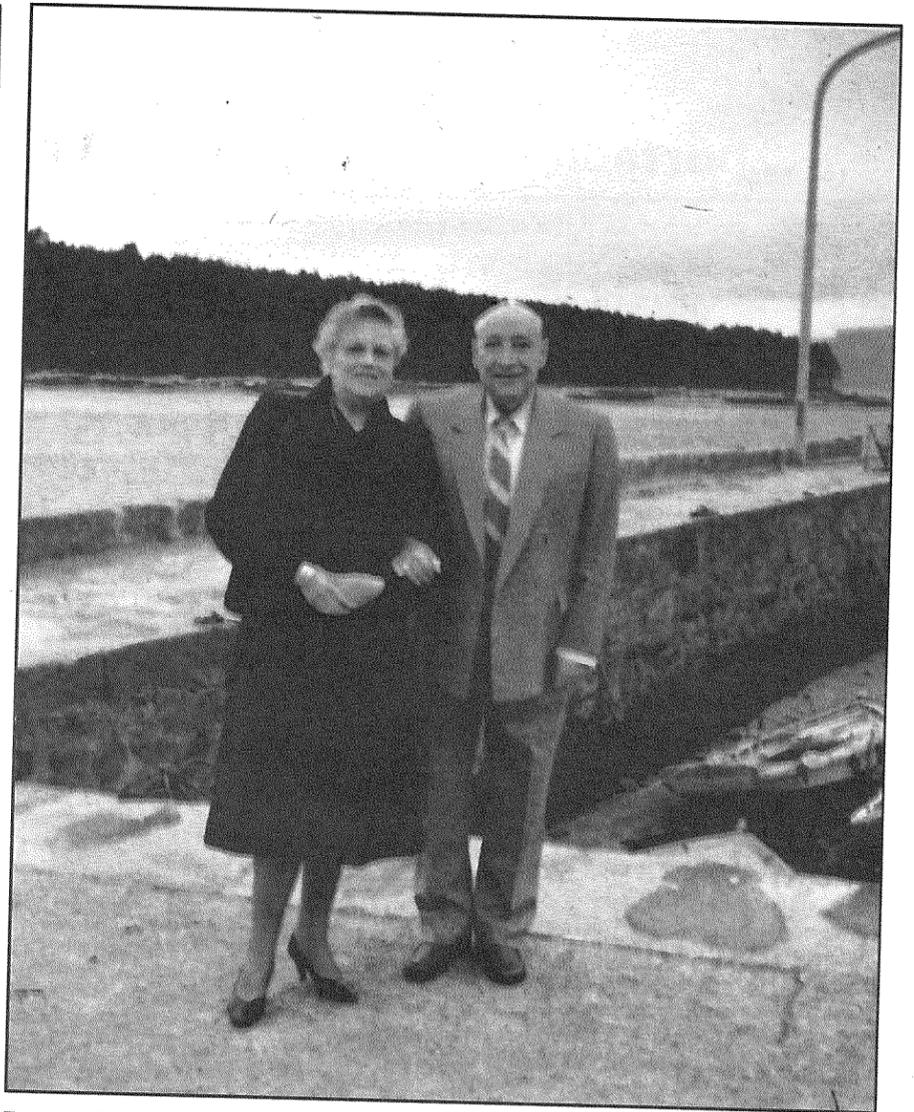


"El lobo de Kansas City", la primera vaquerada de Estefanía en "Rodeo".



Eugenio Barrientos, fundador de la editorial "Cies", con su esposa.

inglés, Mr. Porrit, lo que le permitió dominar este idioma. Vinieron las hambres y los estraperlos, y Eugenio se dedicaba a ir a buscar camiones a Lisboa. Allí vió en los escaparates de las librerías las novelas del oeste americanas en que se inspiraría, "eran preciosas, valían medio dólar"... y decidió montar su editorial. Unos años había pasado Barrientos en Barcelona, "me imbuí del espíritu catalán", y aprovechando su amistad con el editor Sopena, derivado de que la mujer de éste había estado refugiada en casa de sus familiares durante la guerra civil, sin pensárselo dos veces fue a verle, se asesoró sobre el funcionamiento del negocio editorial, y ya con una lista de los mil y pico quioscos y librerías que entonces existían en España comenzó en Vigo la andadura de su "Editorial Cies", que llegó a ser de las más importantes del Estado en su especialidad —las publicaciones populares— y que hasta el año 58 en que desapareció representó, como en otras épocas, la potencia editorial de nuestra ciudad.

Quince millones de ejemplares

Una vez trazada su estrategia, para Eugenio Barrientos lo primero fue hacerse con originales, y así puso un anuncio en el ABC solicitando escritores.

—Tengo mucha fe en los anuncios de los periódicos. He resuelto muchas cosas en mi vida con ellos. El primero que me contestó fue Fidel Prado y me puso en contacto con otros. Después, ya empezaron a llover ofertas. Estefanía era el único que estaba aquí, los demás sobre todo en Madrid, casi todos eran republicanos represaliados.

Precisamente de Fidel Prado guarda gran recuerdo, "era un gran escritor, un James Oliver Curwood en pequeño. Le dabas una idea y enseguida hacía una novela. Había sido compositor de cuplés antes de la guerra, fue el autor de "el novio de la muerte", el himno de la legión, por el que no le dieron ni un duro".

Quince o veinte autores fueron los más asiduos de "Cies", entre ellos Corín Tello, "a quien también después la fichó Bruguera, igual que a Antonio, les hicieron unas ofertas fabulosas que yo no pude igualar y allá por el 55 les aconsejé que aceptaran". Pero si estas estrellas, además de alguna más como el argentino Federico Mediante, firmaban con sus verdaderos nombres, la mayoría lo hacían con americanizados seudónimos, tales como: Emil Zhias (Emilio Saiz), John Lack (Bautista Lacasa), F. Abbot (Juan Francisco Abad), Joe Sheridan (Nicolás

Miranda)..., cómo puede apreciarse por los curiosos papeles en que la censura autorizaba la publicación de las obras.

Precisamente para burlar la censura se evitaba cualquier referencia sexual, y sobre todo situaciones juzgadas inmorales por los censores, como cuestión de cuernos o amores ilícitos: "Era una censura estúpida. A veces cambiábamos una palabra y ya colaba", dice el editor, quien no se metía en lo que escribían sus autores aunque había algunos que admitían consejos: "Estefanía no; a veces le decía yo: Antonio, no mates a tanta gente, y él me decía: "¿Se venden, no?", y así me callaba". Y nos cuenta Eugenio Barrientos que llegó a editar más de mil títulos, con quince mil ejemplares de promedio por título, aunque su trabajo, claro, le costó.

Para quien le parezca ahora difícil el

negocio editorial, piense lo que sería en aquella época, en que no había nada.

—En Madrid me hacían las cuatricomías de las portadas y estaban casi todos los autores. En Barcelona pintaban las

portadas "cartelistas" afamados, como Tomás Porto, Moreno y Boquet. Y en Bilbao estaba la imprenta con la que más trabajé, "Grijelmo".

Quizá por esos ires y venires ferroviarios y el empleo exhaustivo del correo, es Barrientos una autoridad en la historia postal, afición que comparte con la pintura abstracta. En cuanto a la suerte, así la interpreta.

—Introduje varias innovaciones en la época: una fue el formato de bolsillo. Otra fue la creación de delegaciones para la distribución, y otra el género del Oeste en sí mismo, que sólo en España realizó simultáneamente Germán Plaza con "El Coyote" de Mallorquí. Mi éxito lo constituyó la colección "Rodeo" y Antonio. Aunque para mí era mucho mejor, por ejemplo, Fidel Prado, el alma es muy rara, la gente es morbosa y querían todos aquellos tiros. El éxito fue que no había en qué distraerse y había hambre, y algo tenían los españoles que leer.

Y ya en el año 1958, y pese a lo floreciente del negocio, llegó la disyuntiva de tener que trasladarse a Barcelona por el crecimiento de la editorial. Ni la mujer ni las hijas de Barrientos lo quisieron, y en silencio murió "Cies".

Puestos a barrenar, puede llegar a ser hasta lógico que en Vigo, "Fronteira do Alén", como dice Ferrín, situada en el Oeste geográfico, con sus curros cercanos que son remedos de "rodeos" —o quizás al revés—, naciera una literatura que invadiría toda España y buena parte de Hispanoamérica. El caso es que así fue, y hasta contamos con un trovador, un Mendiño o un Martín Códax del género del Oeste, que va por bares y tabernas salmodiando la épica del Far West: John Balan, de quien reproducimos una de las "películas" que interpreta, prodigio de surrealismo:

"Iba discretamente vestido de verde y con sus revólveres de cachas de oro. Pidió un taxi en Madrid, con destino a Brooklyn, y en llegando a su destino díjole al taxista: Sale que estás borracho empedernido. (Tututuuuuututu..... (trompetas y tambores).

En defensa de un género

P. P.

Dice G. Céspedes en el prólogo a la obra de F. Jackson Turner, "La Frontera en la historia americana":

"El término frontera tiene un sentido especial en la lengua americana. Para nosotros, europeos, significa hace mucho tiempo la línea de separación entre dos países, que es fija, continua, más o menos permanente, que marca el límite de soberanías y sirve de puerta —o de muralla— entre naciones vecinas. A esto los americanos le llaman border o boundery.

En cambio, denominan frontier a un espacio —no una línea— que se halla dentro del país en vez de marcar sus límites, que es discontinuo, movedizo y no permanente, que invita a penetrar y no a detenerse, que está vacío y puede ser ocupado".

Este concepto explica la lucha interior que supuso la colonización del Oeste americano —y principalmente el Sur y el Centro— y la singular épica que tan atractiva ha resultado a muy diferentes y cualificados escritores, pues de ese "espíritu fronterizo" se deriva el desarrollo y constitución de los U.S.A. como un imperio.

Aún ahora subsiste la "Western Writers of America" que concede importantes premios anuales de literatura e investigación sobre esa historia tan mitificada por las novelas de kiosko de las que tratamos, y de la que en descargo de sus autores hay que decir que las hacían para comer. Como decía Eugenio Barrientos a "Marcela" en entrevista publicada en "El Pueblo

Gallego" el 15 de junio de 1968, "Sé que aquella era literatura barata y con esta pasa lo mismo que con el vermut, que no alimenta, pero entretiene".

En el año 1869, Ned Buntline, escritor de folletines, proyectó por primera vez escribir baratas al Oeste, y en busca de un personaje encontró a un muchacho de 23 años que dormía la borrachera bajo un carro. Aquel personaje resultó ser William F. Cody, y convenientemente aderezado, y una vez unida su fantasía a la del escritor, se convirtió en Búfalo Bill, uno de los pocos arquetipos, si ha habido alguno, de la historia del Oeste.

No obstante, verdaderas obras maestras se han escrito del género, como "El bandido adolescente", de Sender, basada en la historia de Billy el Niño; "El zurdo", de Gore Vidal; "Bocetos Californianos", de Bret Harte; "Enterrad mi corazón en Wounded Knee", de Dee Brown y muchos otros que han tratado el tema como Borges, en su "Historia universal de la infamia", O. Henry y, recientemente, Camilo José Cela en "Cristo versus Arizona".

Así que, dicho esto, pienso que somos muchos los que deseáramos, un suponer, que el sempiterno Rey Arturo apareciera algún día con un "colt frontier" en la mano, o, siquiera, algún "saloon" que se llamara "Rías Baixas" o ¿por qué no? alguno de Orense se dedicase a vender aguardiente a los indios.

Que tomen nota los maestros.